

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 52.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Agosto 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*El tolstoísmo y el anarquismo*, por un grupo de estudiantes franceses.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Dr. Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstoi.
SECCION LIBRE: *Las colonias anarquistas*, por Eliseo Reclus.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Causas de la frecuencia del suicidio en nuestros días*, por Francisco Navés.—*El enemigo*, por Pedro Martí.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCION DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

II

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO EN ORIENTE

El escepticismo.—El mejor ideal.—La filosofía carece de base positiva.—Nacemos predispuestos á sustentar determinadas ideas.—Necesidad de constituir hombres fuertes.—Diversidad del pensamiento humano.—La unidad científica.—Caracteres particulares de la filosofía oriental.—Budha.—Confucio.—Zoroastro.—Carácter distintivo de cada uno.—Naciones que representan las tres manifestaciones de la filosofía antigua.—La evolución filosófica en Oriente.

Las puertas del escepticismo están al lado de las de la creencia en un ideal. Sócrates era un gran escéptico y murió por creer en un solo Dios. La fuerza intelectual del padre de la filosofía griega, le permitía defender lo contrario de su contrincante, y siempre tenía razón, no porque estuviera de su parte, precisamente, sino porque defendía la mentira un gran cerebro. Casi siempre en esto consiste la victoria.

Quien dice que la verdad y el error, el bien y el mal, etc., no existen, dice una gran cosa; pero la dice mayor si añade que únicamente es bueno lo que nos agrada y lo que nos deleita, y que es malo lo que nos repugna y apena. Porque si cada uno de los hombres, dejando de lado las cuestiones metafísicas, elevara á ideal la satisfacción de sus necesidades, la aspiración humana sería establecer un régimen social que permitiera gozar de una vida alegre y feliz; y si á nombre de una verdad, moral ó científica, se pone un obstáculo á la dicha de las personas, justo es que éstas no crean en otra verdad ni en otro bien que aquello que le proporciona goces, ni en otra mentira ni en otro mal que aquello que le produce penas.

En las pasadas y presentes luchas intelectuales, por una falsa educación y un falso concepto de la vida, se hace grandes creyentes ó grandes escépticos de unos mismos hombres, y se puede lograr que defiendan lo blanco los que hasta entonces defendieron lo negro. ¿Por qué? Porque no hemos propagado verdaderas necesidades, cosas reales, sino que hemos formado sistemas filosóficos de ideas abstractas, de una

especulación reñida con la materia; y como no sentimos lo que defendemos, sino que sólo lo pensamos y el pensamiento es capaz de tomar cualquier partido, de ahí el gran número de concepciones y de sistemas filosóficos que ha producido la raza humana, opuestos unos á los otros, y que no han aportado un grano de arena á nuestra dicha, por la sencilla razón de que, más que á satisfacer necesidades materiales, por todo el mundo sentidas, se dirigían á satisfacer vanidades intelectuales que sentían sólo unos cuantos de dudoso equilibrio orgánico, y más que la tierra se tomaba el cielo como base de la investigación.

En este estado insólido y frágil, el pensamiento ha carecido de estabilidad y certeza, porque no habiendo tomado como punto de partida las necesidades materiales, se han creado necesidades morales é intelectuales, ficticias cuando no las preside el ideal de vivir bien, y que han perturbado la filosofía ó que han creado una filosofía para uso de los magos del intelectualismo.

*
* *

Al llegar aquí es cuando no se distingue la verdad de la mentira. No hay un termómetro, digámoslo así, que la señale, porque no hay una base material que la sostenga: el hombre con sus deseos, sus necesidades y hasta con sus instintos, realidades eternas y que no se prestan á dudas. Fuera de este terreno, se puede especular mucho pero inútilmente para el objetivo de la vida: la dicha. Sin base material, esencialmente material, no racional, palabras poco meditadas, escritas al calor de una discusión, determinan orientaciones filosóficas que el autor tuvo por erróneas antes y que ahora estima como ciertas por no *poder* declarar que anduvo equivocado; y no lo puede declarar, en primer término, porque se ha puesto una dignidad personal y un amor propio por encima de la verdad y se ha puesto esta dignidad y este amor por encima de la verdad, porque ésta se halla en todas partes, desde el momento que no la reconocemos únicamente en los atributos materiales del hombre, y hallándose en todas partes la verdad, cualquier mortal y cualquier doctrina puede encontrarla, defenderla y representarla.

Ocurre muy á menudo, todo debido al estado incierto de la filosofía, á la falta de base positiva del pensamiento y, por consecuencia, de la acción, que una contrariedad en nuestros cariños ó en nuestros proyectos de vida, determina fenómenos que llamaremos morales por llamarlos de algún modo, de influencia suma en nuestras creencias y actos futuros.

Claro está, y esto es necesario tenerlo en cuenta, que nacemos predispuestos á concebir determinadas ideas y á padecer determinadas enfermedades. Ningún anémico ó tísico apetece las sustancias orgánicas que le son menester para curarse, y hasta los hay que prefieren la muerte al hastío de comer carne ó beber leche todos los días. Sucede esto porque la dolencia es ya un efecto del horror que causan los alimentos más nutritivos (1). Lo mismo nos ocurre con las ideas. Nacemos para pensar de cierta manera; no gustamos de las lecturas que podrían modificar nuestros pensamientos, y así como en las enfermedades físicas hereditarias, ó en las predisposiciones á contraerlas, la muerte, en esta civilización y ciencia atrasadas, viene antes que la curación, en muchos casos, en los enfermos del pensamiento, también por el pésimo am-

(1) Téngase en cuenta que estos estados de enfermedad mental ó corporal no son naturales, son una consecuencia de las pésimas condiciones en que las humanidades se desenvuelven.

biente que nos rodea y que nos hace ser hipócritas y defender lo que nos conviene, no pocas veces se concluye la vida antes de que se modifiquen las creencias. Por eso hemos sostenido siempre que lo primero que se debe hacer para crear una humanidad feliz, es hombres sanos, fuertes, de voluntad poderosa, que jueguen con sus vicios, si los tuvieran, que no los tendrían, porque el vicio es ya una debilidad, y que hagan siempre lo que les venga en gana, sin que costumbres ni hábitos de vida les subyuguen.

El que dice, por ejemplo, la bebida, el tabaco ó el café me perjudica, pero no puedo dejar de beber ó de fumar, ese, no sólo está enfermo del cuerpo y, por consiguiente, del cerebro, sino que morirá de la enfermedad contraída por el abuso del alcohol, del café ó del tabaco. Y si aplicamos este caso á las enfermedades ó vicios de la mente, nos encontraremos con iguales hechos. Sufriremos persecución por un ideal, moriremos defendiéndolo si es preciso, pero no podremos dejar de sustentarlo, y si dejásemos de sustentarlo á la primera ó segunda contrariedad, sería porque nunca tuvimos fe en él, como si dejásemos de beber porque la bebida nos perjudicase, sería porque jamás habíamos sido bebedores. Demuéstrase, pues, la necesidad de hacer hombres fuertes y dueños de sus acciones en todos los casos, al objeto de no hacer más que aquello que nos alargue y embellezca la vida, eterna amada de todos los sanos y los fuertes, y para no sustentar otros ideales que aquellos que nos proporcionan goces, ni tener otro fin que el de una vida completamente libre y satisfecha. Es decir, hemos de hacer un ideal de los deseos y necesidades de cada uno, sin más transcendencia que la de vivir bien. Entonces reinará sobre la tierra una sola aspiración, aspiración que ya sentimos hoy, pero que buscamos por diferente camino y que no encontramos, hallándose en todas partes, porque aún no nos hemos convencido de que en el mundo hay lo suficiente para satisfacer nuestros deseos en todos los órdenes de la naturaleza humana.

Dícese que con esta teoría se puede abdicar del ideal y aceptar el favor de los poderosos con el pretexto de darse vida regalada. De ninguna manera. La primera condición que se necesita para ser feliz, es que uno esté satisfecho de sí mismo, y no puede estarlo quien vende su talento, ni, además, puede tener talento.

Procuremos curar nuestras enfermedades primero y después aceptemos como bueno todo cuanto la materia nos reclame, y rechacemos como falsa toda ley moral ó social que se oponga á la satisfacción de nuestros deseos: éste será el único error que exista; aquélla la única verdad.

*
* *

Al principio de este capítulo hemos dicho que la duda tiene las puertas al lado de la esperanza. Podemos convencernos de ello hasta estudiando lo que se ha dado en llamar ciencia. En ella las ideas son tan opuestas como en el terreno de las abstracciones. Dos médicos eminentísimos defienden tratamientos opuestos para curar una misma enfermedad. Autores celeberrimos aprecian de diferente manera el sistema filosófico ó metafísico que se llamó escolasticismo y en este asunto se puede llegar hasta donde llegó Teedemann, quien, en su *Espíritu de la filosofía especulativa*, niega carácter filosófico á todo pensamiento anterior á la filosofía griega, y antes de esta filosofía existía una ciencia especulativa tan poderosa como la que dió origen á la creencia de que la India fué la cuna del pensamiento filosófico.

Tomemos, pues, las cosas fríamente y no dejemos de analizar aun aquello que

nos parezca más absurdo. En materia de ideas es malo desconocer la base inmaterial que siempre tuvieron, porque si se olvida este hecho capitalísimo, se puede dar á la filosofía más valor de la que tiene realmente, ó se le puede negar la influencia nociva en que ha tenido y continúa teniendo en el modo de obrar y de sentir de las generaciones actuales.

*
* *

En los países llamados civilizados no existe el tipo puro del país, y como no existe el tipo puro del país, tampoco existe ciencia del país ni filosofía del país. El tipo humano, de local se convirtió en regional, de regional en nacional y de nacional se va convirtiendo en internacional. La clase media de todas las grandes capitales viste hoy de la misma manera y hasta sabe lo mismo, pues el corte de Londres ó la ciencia de París, es la que priva en las capitales y en las Universidades de la tierra. Pero en medio de esta unidad que hace de Tolstoi un novelista universal y del socialismo una aspiración también universal, existen aún caracteres distintivos de cada pueblo ó de partes de cada pueblo, y digo partes de cada pueblo, porque entiendo, por ejemplo, que Cataluña tiene más de inglesa, no de francesa, como hay quien dice, que de española; así como muchas provincias italianas tienen más de españolas que las provincias vascas. Pero aparte de esas cualidades locales, cuyo origen desconocemos, no porque deje de ser natural, sino porque ignoramos el tipo humano que formó la tribu ó familia de cada región, existe un fenómeno fisiológico y filosófico que deja la marca de sus habitantes en cada una de las manifestaciones colectivas que realizan.

Budha caracteriza la filosofía religiosa ó mística, porque la India fué, ante todo, un pueblo religioso. Confucio representa la filosofía política, porque la China ha sido un pueblo político por esencia. Zoroastro es la genuina representación de la filosofía moral, porque Persia puso el sentimiento del bien sobre todo principio. Platón sintetiza estas tres condiciones de la filosofía antigua, porque Grecia fué el camino que aquéllas recorrieron transportadas á Atenas por las correrías guerreras, y mantenidas por un espíritu artístico cual era el espíritu helénico. A partir de Platón ó de Grecia, si bien es posible determinar qué parte de aquella filosofía influye más en Alemania, en Francia ó en Inglaterra, no podemos separarla en absoluto de los tres principios religioso, político y moral, y si alguna nación pudiera representar con propiedad la filosofía antigua, diríamos que Alemania representa la de Budha ó sea la metafísica; Francia la de Confucio ó sea la política; é Inglaterra la de Persia ó sea la moral, y en medio de estos tipos colectivos en filosofía más ó menos determinados, hallaríamos, si bien buscásemos, los tipos individuales que puede encarnar el sentido común ó de lógica de la escuela escocesa, y el sentimiento de la naturaleza que pudieran caracterizar ciertos filósofos españoles, singularmente catalanes y algunos de italianos; y aun pudiéramos añadir, haciendo una tercera ó cuarta división, que la filosofía en el Norte de Europa es especulativa en extremo y que es práctica en el Sur.

*
* *

La religión ó la filosofía india dice que Brahm es inmortal y eterno, luz y tinieblas, principio y fin, la nada y el todo. Brahm se durmió un día (hasta los dioses tienen horas fatales) y en ese día escapósele Maya, la materia, y de ella se formaron Brahma creador, Siva destructor y Vishnu conservador, que formaron tres poderes. Estos tres poderes son como una bujía encendida; forman un solo resplandor, un solo

cuerpo, como si dijéramos, las tres personas de la Santísima Trinidad. Maya, la materia, puede constituir todas las formas. De su unión con las cosas nacieron los tipos sutiles, Mahabuta y los tipos groseros, Pradjapatí. Lo grosero y lo sutil se completan y forman la raza humana, es decir, forman un hombre que luego se divide en varón y hembra, el Adán y Eva de la Biblia.

El Universo, pues, no es más que un sueño, puesto que durmiendo el principio de las cosas, Brahm, se le escapó la materia, Maya. El que observa los principios sustentados en los libros sagrados Vedas, que son para los indios lo que el Viejo Testamento para los judíos y el Nuevo para los cristianos, logra perfeccionarse, encarnándose en tipos mejores á cada nueva reencarnación, y si se llega á tal perfección que para ser un modelo de bondad no necesita transmigrarse más, se vuelve á unir con Brahm y allí es feliz eternamente. Sobre esta leyenda religiosa gira toda la filosofía india.

Como se ve, hay un principio de moral en esa doctrina, mejor dicho, hay una buena voluntad hacia la moral que se pretende alcanzar por medio del premio y del castigo. Los resultados de esa pretensión fueron tan negativos como lo son actualmente y lo serán mientras se intente separar la moral de las pasiones humanas. Ni el temor á las penas eternas surtirá efecto, ni el hombre satisfará completamente su necesidad. Ese es el resultado de toda moral prohibitiva, de todo convencionalismo erigido en dogma de buenas costumbres.

Tenemos ya una religión y, por consiguiente, una filosofía. Engrandezcamos una y otra.

FEDERICO URALES.

(Continuará el segundo capítulo.)

EL TOLSTOISMO Y EL ANARQUISMO

(CONTINUACIÓN)

Encuentra asimismo que los placeres de la vida animal son demasiado frágiles. Pero el temor de perderlos, ¿no prueba que son buenos? ¿los suprimiremos so pretexto de que tememos verlos desaparecer? Encuentra que estos placeres son demasiado mezquinos y no pueden satisfacer la necesidad perpetua de actividad sentada por el hombre. Pero nada nos veda hacerlos á la vez menos fútiles y más estables por este principio de la simpatía, cuya eficacia ha comprendido Tolstoi también.

Es curioso que el apóstol de este principio, que concilia tan bien el altruismo y el egoísmo, no haya visto todo su alcance, y no haya descubierto á su luz que, en el fondo, eran idénticas las cosas que él tenía por contradictorias. Y es que la idea dualista de la religión cristiana ha quedado en el espíritu de Tolstoi, á pesar suyo.

Después de haber rechazado, con razones tan poco serias, un punto de apoyo tan sólido, Tolstoi acepta otro, sin criticarlo bastante: ha visto personas felices porque tenían una fe, y acepta alegremente esta fe.

Acepta esta fe sin razonarla, sin buscar su fundamento real, y toma de ella á la vez mucho bien y mucho mal: la teoría del amor y la de la supresión de la felicidad individual.

Creemos ciertamente con Tolstoi que el individuo sin el amor es un individuo mutilado, que el egoísta existe en un menor grado que el altruísta, y que su vida no

es vida. Creemos que el individuo ha de sacrificar, si es prudente, tal ó cual goce particular á lo que es origen de los más grandes placeres suyos; pero creemos también que el amor no tiene ninguna razón de ser si no se hace caso de la felicidad individual.

Si tengo por nada la felicidad del individuo, ¿por qué quiero asegurar por el amor la felicidad de los otros? ¿Por qué haré un trabajo manual en provecho de mis semejantes, si no me parece bueno el bienestar que ha de procurarles mi trabajo? ¿Cómo me impedirá la simpatía romperle la cara á mi vecino, si no tengo por malo el mal físico y quedo indiferente ante la muerte? Tolstoi comete en eso la misma falta que todos los moralistas que se empeñan en ver una antítesis entre el bien y la felicidad. ¿Cómo se explican entonces que el bien tienda siempre á asegurar la mayor felicidad posible? El principio moral puede oponerse á tal ó cual goce individual, porque entonces este goce está á su vez en oposición con otro goce más grande.

Dando al amor como objetivo la felicidad, no disminuimos su papel, y le damos una razón de ser. Podremos así practicarlo con discernimiento; Tolstoi, que no se guía en la aspiración á la felicidad, lo aplicará sin crítica. De ahí derivan la mayor parte de sus errores.

El más grave de estos errores particulares es quizás la teoría de la no resistencia al mal por la violencia. «El bien no se engendra por el mal, sino por el bien.»

Creemos con Tolstoi que el mal no produce el bien, que la venganza no repara la desgracia, ni la pena el crimen. La represión es mala, ya que sólo el ejemplo del amor puede conducir al amor. La represión, por el contrario, da el ejemplo de la lucha, y legítima en algún modo el principio que quiere anonadar. Hablando de esta idea, Tolstoi llega á una crítica excelente del derecho de juzgar. Nadie tiene derecho á juzgar á su semejante. Aunque conociese los móviles de su acción, no reparará la violencia con otra violencia. Esta crítica del castigo es muy justa, y es verdad que con la violencia no se engendra el amor. Pero hay ciertas violencias que no pueden condenarse desde el punto de vista del amor, pues su objeto es impedir otras violencias que no podrían evitarse de otro modo.

A veces no puedo realizar el bien, y he de escoger entre dos males: hacer ó sufrir una violencia. No veo por qué, desde el punto de vista del amor, ha de ser preferible sufrirla que cometerla.

Si está amenazada la existencia de una persona querida, y para salvarla he de sacrificar al que la amenaza, nada puede impedirme optar por la menor de estas desgracias. Si unos hombres persiguen á otros, si antes que pueda moralizarles y convertirlos á la religión del amor ponen en peligro la existencia de otros individuos, tengo derecho á escoger entre la vida de los perseguidores y la de los perseguidos.

No impediréis que la desgracia se cumpla, dirá Tolstoi. Sí; pero, en ciertos casos, podremos transformar esta desgracia, hacerla menos penosa.

Obrando así, no creeré hacer una acción profundamente moralizadora, pues yo sé que sólo puede hacerse por la propaganda pacífica de las ideas; pero, entre dos acciones que habían de producirse, favoreceré la menos inmoral.

Tolstoi nos objetaría, sin duda, que la violencia empleada para defendernos produce un efecto desmoralizador. Es verdad; produciría dicho efecto si, como el juez y el patriota, la proclamábamos buena y necesaria; pero, ¿qué hay de inmoral en decir: entre dos males que se me presenten, escojo el menor?

Por lo demás, es muy difícil señalar un límite entre una acción pacífica, una re-

sistencia pasiva y una acción violenta. El paso de una á otra se hace, en muchos casos, insensiblemente. Un propagandista que extiende sus ideas, y se esfuerza en combatir con su propaganda tal tendencia ó institución que le parece nociva, no puede estar seguro de que, en el número de personas convertidas, no habrá algunas que no se limitarán á una propaganda pacífica. ¿Dónde está entonces el límite entre las dos clases de acciones? ¿Tendrá que abstenerse de su propaganda, so pretexto que pueda inducir á alguno á cometer actos violentos? «Todos los argumentos—dice el escritor revolucionario arriba citado (1)—capaces de alejarme de una acción violenta cometida en nombre de mi convicción, se aplican también al libro ó al discurso hecho en nombre de esta convicción. O he de abstenerme de vituperar, ni de pensamiento, lo que me parece un mal, ó tengo el deber de hacer penetrar mi idea en la vida, hasta con ayuda de la revolución.»

Para ser del todo consecuente con la moral de Tolstoi, tendría que tomarse el primer consejo; pero entonces, ¿no se cometería la mayor inmoralidad, dejando que el mal naciese y se desarrollase impunemente? Y esta moral, ¿no sería, al contrario, una causa profunda de desmoralización?

¿Por qué prefiere Tolstoi que el partidario del amor entre los hombres sufra pasivamente la violencia? Parece, al contrario, que, si se había de cometer una violencia, sería preferible que la sufriesen los que la preconizan, por ser menos capaces de someterse á las leyes del amor.

El acto de amor le parece bueno en *sí mismo*, y no quiere pensar en el bien individual; el sufrimiento le parece bueno cuando se acepta en nombre del amor universal, aunque no aproveche á nadie. El amor conducirá, pues, á la infelicidad del individuo. Tal es el absurdo á que llega Tolstoi, por no haber querido dirigir el amor conforme á la aspiración á la felicidad.

Nos dice que no se ha de amar la violencia por sí misma. Hay mucho que aprender en esta crítica del derecho de defensa; desde luego nos enseña que el odio es siempre malo, y que en ningún caso se ha de obedecer á un sentimiento de cólera ó de venganza, ni aun contra los enemigos de lo que es el bien en nuestro sentir. La violencia deberá emplearse con discernimiento, sólo para evitar otra violencia mayor.

Para preparar el reinado del amor, recomienda Tolstoi al individuo que se abstenga de los placeres del cuerpo. Tiene razón al decir que el individuo capaz de hacerlo ha de sacrificar al amor de los hombres placeres inmediatos y materiales. El que no sabe retener sus pasiones, no llegará jamás al estado de perfección necesario para vivir en paz con los demás hombres. Pero en lo que nos parece exagera Tolstoi es en considerar el placer individual y corporal como entera y absolutamente malo, y en creer que nos lleva á suprimir de nuestras exigencias todos los placeres que podríamos suprimir.

Los anarquistas quieren, como Tolstoi, fundar su sociedad en el amor mutuo de los hombres; pero no basan su ideal en la muerte del individuo. Quieren, al contrario, que la sociedad, fundada en el amor, asegure al individuo la mayor felicidad posible, pues sin esto no tendría razón de ser, porque cuentan con individuos completos, y no disminuídos, para construirla.

¿Es cierto que el placer individual, ni aun el físico, sea en los hombres civilizados tan opuesto al sentimiento de simpatía como dice Tolstoi? Guyau sostiene lo contra-

(1) V. Lavroff, los *Viejos problemas*.

rio: «La más alta intensidad de vida tiene por correlativo necesario su más amplia expansión.» El placer que corresponde á un aumento de la intensidad vital tomará en el hombre civilizado un carácter altruista. Cuando nos sintamos contentos por la excitación del placer, se despertará en nosotros este sentimiento de la simpatía. Los placeres intelectuales y artísticos, que tienden cada día más á deslizarse en medio de los demás placeres, son evidentemente sociales. No podemos saborearlos solos. Hasta nuestros placeres más elementales, como el de la mesa, nos parecen mejores en la soledad. (Esto parece una errata en el original, pues de lo anterior se deduce lo contrario, esto es, que aun los placeres de la mesa nos parecen mejores en sociedad).

El hombre tal como Tolstoi lo desea, que considerase el placer como un pecado, no sería, probablemente, apto para gozar estos placeres superiores, que, como confiesa Tolstoi, constituyen una especie de comunión entre los hombres. Y en cuanto á los placeres corporales, como los gozaría sin alegría, no despertarían en él las profundas necesidades de simpatía que suscitan en nuestros individuos la mayor parte de las excitaciones. Sería rencoroso y vengativo, porque su vida no podría ser expansiva. Así es, que podría participar menos que nadie en la religión del amor.

Por lo demás, la aspiración á la felicidad individual, ¿no es un lazo que une á los hombres? Si les ha separado, y á veces les separa todavía, es porque eran ignorantes é insensatos. ¿Han comenzado á asociarse los hombres para escapar á la felicidad individual, á los placeres del espíritu y á los placeres del cuerpo? El hombre se alía con su vecino porque él solo apenas puede conservar su vida, lejos de poder embellecerla con todos los placeres posibles. Y el trabajo común crea el bienestar común, y el bienestar común es un lazo de unión entre los hombres, lazo que se estrecha de día en día y tiende á obligarles á que cesen en sus luchas y á que se unan en el amor universal que predica Tolstoi.

Tolstoi da, con razón, una gran importancia al trabajo manual. Lo considera como indispensable á la salud del individuo y al buen estado de la sociedad, en lo cual somos de su opinión. Pero el Evangelio ha dicho: «Bienaventurados los pobres de espíritu», y Tolstoi es hostil al trabajo intelectual.

Creemos que es injusto y malo que una parte de individuos se dedique exclusivamente al trabajo intelectual, mientras que la otra se dedica al trabajo manual; pero creemos que exagera cuando niega todo valor al trabajo del espíritu. Su amor á los imbéciles se encuentra en todas sus obras; lo que tiene por ellos no es piedad, sino admiración. Después de habernos presentado, como ideal de la vida, su vida sin felicidad, he ahí que nos ofrece el idiota como ideal del individuo.

Pero la crítica sería injusta si no añadiéramos algo más. Tolstoi no vitupera el trabajo intelectual, aunque desconfía mucho de él, con la condición de que lo preceda la religión del amor. Pero cree que, para comprender y poseer bien esta religión, es preciso ponerse en el estado propio del niño y del pobre de espíritu. La cultura intelectual nos aleja del amor, en vez de acercarnos á él.

Aquí, como más arriba, vemos que Tolstoi quiere llegar al amor por la disminución del individuo; pero la contradicción resalta aquí más que en parte alguna.

La razón le ha llevado á buscar el sentido de la vida; rechaza la vida animal en nombre de la vida intelectual, guiado manifiestamente por la inteligencia, y he aquí que ahora reniega de ella.

Después de declarar que la vida del cuerpo es mala, se burla de los que trabajan

con la cabeza (1). ¿Cómo no ve que el hombre inteligente más que otro alguno ha de ver los efectos funestos de la lucha? Su error es tan grande como el que quiere combatir.

El hombre, para ser completo, necesita el trabajo físico y el trabajo intelectual.

Según se ve, Tolstoi está bastante lejos de nosotros.

No busca la sociedad más feliz posible, sino la que mejor responde á los preceptos de Cristo. Pero como Cristo vivió en épocas bastante remotas, y Tolstoi ha conservado su ideal social, la solución que adopta puede ser buena para épocas pasadas, pero no para la nuestra. Creemos que la división del trabajo es útil, y que las máquinas tienen un gran porvenir social. Tolstoi es el enemigo de todo esto; quiere volvernos á la vida de los campos, á las sociedades de pastores en que todos los individuos hacían la misma labor; si, como las viejas del campo, creyese Tolstoi en el diablo, le atribuiría el desarrollo de la civilización.

(Se continuará.)

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

(Continuación del capítulo XIV.)

Esto nos recuerda otros hechos menos importantes que pasaron durante el período revolucionario del 70 al 71 y que corroboran nuestra tesis.

Todo el mundo conoce el fracaso ruidoso del intento de sublevación del 31 de Octubre, que, triunfante en los primeros momentos, perdió su importancia por la impericia del nuevo gobierno que los revolucionarios habían nombrado, y que perdía el tiempo en discutir, redactar decretos y proclamas, olvidando las cosas más elementales, tales como calcular las fuerzas con que contaba, organizar batallones y hacer desalojar la casa Ayuntamiento al Gobierno precedente.

De otro lado, los guardias nacionales, orgullosos de tener jefes, creían que todo marchaba á maravilla y que ya podían marcharse cada cual á su casa, seguros del éxito, lo cual hicieron en masa.

Al día siguiente estos jefes eran hechos prisioneros del gobierno derrotado la víspera, el cual se había dedicado á organizar sus fuerzas y ponerse en condiciones de poder combatir con ventaja el movimiento revolucionario.

La perfecta inutilidad de la fe en los jefes resulta típica ya en este caso, y por si no fuera esto suficiente, he aquí otro hecho que prueba la necesidad de que los individuos aprendan á obrar por inspiración propia, sin pedir parecer á los que se creen con derecho para dirigirles.

Este hecho nos lo ha contado un amigo que lo presencié. No recordamos los nombres, pero éstos interesan poco para el caso.

Era la tarde del 31 de Octubre en el XIII distrito. La noticia de la toma de la Casa de la Ciudad había puesto en marcha á los batallones revolucionarios del distrito hacia la plaza de la Grève. El estado mayor de la fuerza se hallaba en la alcaldía. Los batallones cometieron la torpeza de dejarse detener y enviar delegados á parlamentar. Allí un sujeto, con galones, les espetó yo no sé qué arenga, aconsejándo-

(1) Juan el imbécil.

les que volvieran á sus casas y asegurando que todo seguía muy bien en la Casa de la Ciudad y que, por consecuencia, no necesitaban su fuerza para nada. Uno de los que habían subido á parlamentar empuñó la culata de su revólver, lo sacó más de la mitad de la funda, é interrogando con la vista á uno de los jefes más populares del distrito, le hizo seña de si era conveniente romperle la cabeza de un tiro al locuaz *discurseador*. El interpelado contestó que no y el revólver volvió á su funda; el charlatán persuadió á los batallones de que debían retirarse; la Casa de la Ciudad, desguarnecida de defensores, fué tomada nuevamente sin esfuerzo por los movilizados bretones y los guardias nacionales de Langlois.

Si el sujeto del revólver, en vez de pedir aprobación á nadie, le hubiera saltado la tapa de los sesos de un tiro, las cosas hubieran cambiado de rumbo, los batallones ocupado su puesto, la reacción hubiera sido contenida. No sabemos en este caso la marcha que los acontecimientos hubieran tomado. En todo caso lo que en aquel momento querían los parisienses era defenderse contra Alemania, y lo hubieran podido conseguir deshaciéndose de los burgueses de la Defensa Nacional, los cuales sólo perseguían una cosa: salvar los derechos del capital y desarmar la población, que les inquietaba con la inseguridad de los futuros acontecimientos.



Lo mismo sucedió el día siguiente al 18 de Marzo; de esto me acuerdo yo perfectamente, porque mi imaginación se vió herida con mucha intensidad. Los batallones del distrito que yo habitaba (el V) estuvieron durante ocho días con sus noches sin dormir en la plaza del Panteón, esperando órdenes del Comité Central.

—Vamos á Versalles—decían los hombres.

—Es preciso ir á Versalles —murmuraban los soldados.

Esta era la opinión de todos. Días enteros esperaron alineados en la plaza órdenes que no vinieron.

Lo que sucedió lo habíamos ya previsto. Los primeros días los batallones estaban completos; no sólo los obreros, sino los comerciantes del barrio formaban en las filas y esperaban impacientes el momento de salir. El Comité Central no supo aprovechar el entusiasmo; en vez de obrar se entretuvo en discutir sobre su propia legalidad. Las órdenes esperadas no llegaron; el entusiasmo decreció, y cuando quisieron hacer marchar los hombres, muchos que habían tomado posesión de sí mismo, se desilusionaron viendo que el antiguo gobierno adquiriría fuerzas poderosas.

Si los hombres, ó entre ellos simplemente una minoría decidida, hubiera estado bien convencida de la idea de la iniciativa individual, en vez de esperar pasivamente, hubieran hecho como las mujeres de 1789, arrastrando á sus compañeras á buscar lo que nadie sino ellas podían hallar, otro hubiese sido el resultado de los acontecimientos.

«Necesitamos órdenes para marchar hacia Versalles. ¿No vienen estas órdenes? Pues pongámonos en marcha y arrastremos á cuantos encontremos si están conformes con nuestro proceder.»

Y, en efecto, como el gobierno de Versalles no tenía otros defensores que unos cuantos guardias civiles, hubiera sido derrotado y obligado á huir todavía, y la idea comunalista hubiera obtenido un triunfo tal vez decisivo. En todo caso lo que se hubiese evitado, sin duda alguna, es la horrible sangría de 35.000 vidas, con las cuales desaparecieron los más activos y enérgicos y que hoy son causa de la depresión

moral que nos caracteriza y explica el por qué de aceptar sin protesta las mayores ignominias.

Probablemente hubiéramos tenido necesidad de combatir la *commune* por reaccionaria; pero desde su mismo punto de vista podemos afirmar que si entre sus individuos la iniciativa individual hubiera estado desarrollada, su triunfo sería hoy un hecho histórico, ó por lo menos su caída no nos espantaría aún por lo sangrienta.

Sírvanos esta lección para aprender á no jugar á soldados en periodos revolucionarios.

*
* *

Para nosotros los anarquistas, la revolución social no debe consistir en un simple cambio de poderes, sino en la transformación más completa posible del actual estado social; en la abolición de todas las instituciones políticas y económicas del régimen existente y en poner á la disposición de todos la riqueza é instrumentos de producción.

Los que quieran emanciparse no deben entretenerse ensayando qué clase de gobierno será el mejor y qué hombres los más á propósito para ejercer el poder; uno y otros deben suprimirse radicalmente.

La lucha se extenderá en toda la línea que actualmente ocupa la autoridad, y donde haya trabajo que hacer, explotación que combatir, servilismo político ó económico que destruir, allí debe llegar nuestra acción.

Como es natural, en este combate pertinaz y rudo no tomarán parte cuantos para luchar necesiten orden alguna, ni consultar con esta junta ó aquel comité, autoridades siempre, sino aquellos cuyas iniciativas y convicciones les coloque en condiciones de poder obrar por sí y ante sí.

La lucha será tan general que no habrá punto alguno adonde ella no llegue. Vencida en unas partes, triunfante en otras, la revolución seguirá su camino para no detenerse hasta que el más pequeño resto de autoridad haya desaparecido y no quede ni vestigio de explotación.

Esta obra colosal no puede ser hecha por un pueblo servil y rutinario; ha de ser trabajo de los hombres desposeídos de todo prejuicio, imbuidos intensamente del espíritu de independencia, conocedores de su fuerza y hábiles para trabajar por cuenta propia.

Al decir que sólo la propia iniciativa debe presidir nuestros actos con arreglo á la nueva táctica, no queremos decir que los esfuerzos espontáneos no deban unirse y concertarse. Rechazamos la unidad que proviene de un jefe y no admitimos ningún mandato de arriba; pero creemos que la coordinación puede salir de la suma de todas las iniciativas que surgen del seno de la multitud en determinados momentos.

*
* *

Es evidente que para triunfar la próxima revolución, ha de ser internacional. Si se localizara sería vencida inmediatamente por la coalición de todas las fuerzas burguesas, que no reconocen fronteras cuando ven sus intereses amenazados. Es preciso que todos los gobiernos tengan bastante que hacer en sus dominios para que no puedan ir á otra parte á prestar sus fuerzas.

Y esta lucha universal sólo los acontecimientos pueden determinarla. Los hombres de iniciativa no tienen que hacer otra cosa sino aprovechar las circunstancias.

Sufrimos los tormentos de la miseria porque los almacenes están repletos de productos y el desarrollo de la mecánica acelerará aún más los malos efectos de la organización social. Los actos de protesta se multiplican en todas las comarcas, y el solo remedio que hasta el presente han intentado ha sido el establecimiento de leyes restrictivas, cuyo resultado negativo nadie ignora.

Los mismos burgueses empiezan á convencerse de que su sociedad necesita reformas y que deben ceder algo á las reclamaciones obreras; mas como no pueden hacer nada eficaz sin herir sus privilegios, lo cual no pueden consentir, todas sus buenas intenciones se reducen á vanos expedientes y á obligar á los gobiernos á ser reaccionarios.

Lo único que hacen procediendo así es acentuar el descontento general; algunos de ellos se sienten contaminados por las ideas modernas, pero su desinterés no va hasta hacerse campeones fervientes de una idea; los sabios retroceden cuando se ven en el camino de la redención humana. No obstante, la fuerza de resistencia del sistema burgués ha desmerecido bastante; la brecha está abierta.

Sólo, pues, por la iniciativa triunfarán las ideas nuevas, porque la guerra que éstas han de hacer difiere en absoluto de la que hacen los Estados para defenderse y de las revoluciones políticas pasadas.

El radio de acción en que han de actuar los revolucionarios no pueda determinarse; el campo de batalla alcanza á todas partes; desde hoy donde haya un abuso que combatir, una preocupación que arrancar ó una injusticia que corregir, allí debemos luchar.

La guerra es continua. El combate ha empezado por los más impacientes; otros les han imitado, y poco á poco irá aumentando hasta que la intensidad de la lucha haga mover á las masas.

¿Qué jefe ante tan inmenso combate podría determinar un plan y vigilar todos los movimientos? Por eso cada luchador, cada grupo debe aconsejarse constantemente de su iniciativa, de su fuerza, de sus recursos para luchar, y debe saber también utilizar los elementos cuando éstos se le presenten en cualquier forma que sea.

Nuestros mineros, ocupados constantemente en la labor demoledora del ruinoso edificio llamado sociedad burguesa, no trabajan sólo en ésta ó la otra nación, sino en todas á la vez.

Por todas partes donde hay oprimidos, pobres, asalariados, espíritus sedientos de independencia, hay seres abnegados que cooperan á la obra de transformación; éstos son los que obrarán cuando la ocasión se presente.

*
* *

En la próxima revolución, los más decididos á predicar con el ejemplo, los más entusiastas, los que tengan más fuerza, más vida, enseñarán el camino, arrastrarán la multitud. Pero también ésta á su vez debe saber emplear sus iniciativas. El pedestal de los que sólo esperan movimientos populares para erigirse en jefes, se funda siempre en la inconciencia de la muchedumbre; á ella, pues, debe caber la gloria de destruir estos pedestales y á los fanteoches que pretendan ocuparlos.

Cuando la sociedad capitalista se sienta atacada por todas partes, en los talleres, en los campos, en la escuela, en los cuarteles; cuando por todos lados se levanten los hambrientos reclamando su parte del festín; cuando los gobiernos no sepan hacia dónde lanzar sus ejércitos, lo existente estará cerca de su fin. ¿A qué institución se

ampan para refugiar sus privilegios, puesto que por todos lados los cimientos de la sociedad burguesa habrán sido socavados por la iniciativa de los soldados de la revolución social?

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

CAPÍTULO VIII

EL RECARGO DE TRABAJO

(Continuación.)

Enfermedades de recargo.—Fiebres pseudo-tifoideas.—Auto infección y auto intoxicación tífica.—Opinión del profesor Peter.—Microbios y leucomainas.—Frecuencia de las fiebres de recargo.—Predisposición mayor de los adolescentes.—Dos observaciones personales.—Abusos de la esgrima y excesos del trapecio.—El recargo en el ejército.—Coroneles demasiado movelistas.—Maniobras de fuerza.—El recargo como causa agravante de las enfermedades.—Forma infecciosa que revisten las afecciones más ligeras en los organismos recargados.—Supuestas insolaciones de los soldados en las marchas.—Función predominante del recargo en la producción de estos accidentes.—Rareza de la insolación en la caballería y su frecuencia en la infantería.—Inmunidad de los individuos acostumbrados á la fatiga.—Rareza de la insolación entre los segadores.

Sucede frecuentemente que el médico se encuentra en presencia de una fiebre continua, cuyo punto de partida no puede encontrar en causas exteriores. No le es dable invocar ningún contagio, ninguna epidemia; el enfermo es un caso aislado; se siente inclinado á diagnosticarla de fiebre tifoidea, y no encuentra, sin embargo, ninguno de los elementos ordinarios de la etiología de esa fiebre; una minuciosa investigación prueba que no ha podido haber contagio, ni infección por el aire, ni por el agua, ni por la leche, ni por los retretes; no se encuentra la causa de la enfermedad ni en las personas ni en las cosas que rodean al enfermo. Si entonces se investigan cuidadosamente las circunstancias que han precedido á la enfermedad, se encuentra casi siempre que aquel individuo ha estado sometido á un abuso de ejercicio ó á un exceso cualquiera de trabajo.

Existe, en efecto, una fiebre de trabajo que tiene la mayor analogía con las afecciones tíficas y, en la confusión reinante, entre la verdadera fiebre tifoidea y los accidentes graves de la fatiga, es difícil determinar de una manera bien precisa los caracteres patognomónicos que pertenecen á una ú otra.

La fiebre de recargo no es más que la exageración de las agujetas. Las causas y el proceso son los mismos. Ambas son debidas á una auto-infección, á un envenenamiento del cuerpo por el cuerpo mismo; y los agentes de infección son en ambos casos productos de desasimilación, debidos al trabajo. Pero, en las agujetas sencillas, el enfermo se ha detenido á tiempo y ha podido, gracias al reposo, eliminar las sustancias,

causa de los accidentes; mientras que en la fiebre de recargo esas substancias se han renovado por el trabajo antes de su completa expulsión, y se han ido acumulando así á altas dosis en la sangre.

El recargo no siempre conduce á un estado febril de forma tifoidea. Sucede con frecuencia que los accidentes se limitan á un estado general de postración, de languidez en todas las funciones. En este caso, los accidentes no estallan y las perturbaciones del organismo se detienen en el período prodrómico, en el estado de inminencia morbosa. Es una amenaza que aborta, porque se remedian á tiempo los abusos que la han provocado. La enfermedad incubada no se desarrolla, porque el organismo se ha colocado en mejores condiciones higiénicas; y la sola condición higiénica eficaz contra el recargo, es el descanso. Así es como hay que explicar muchos estados morbosos que se llaman *comienzos* de la fiebre tifoidea, accidentes que se desarrollan á veces con gran violencia y se disipan al cabo de muy pocos días.

Se cita habitualmente el recargo entre las causas que predisponen á la fiebre tifoidea; pero, en realidad, hace más que predisponer: es capaz de crear, independientemente de toda otra causa, epidemias de fiebres continuas absolutamente semejantes á la fiebre tifoidea.

Muchos miembros eminentes de la Academia de Medicina, en una discusión de las más interesantes (*Comptes rendus*, Marzo 1886), á propósito de los venenos descubiertos por M. A. Gautier en los productos del organismo vivo, han hecho resaltar la importancia de la auto-intoxicación en las enfermedades. Ha demostrado que la sangre puede sufrir el influjo tóxico de ciertos venenos químicos, llamados leucomainas, que se elaboran en el propio organismo y se acumulan en ciertos casos, sea por falta de eliminación, sea por exceso de producción. El profesor Peter da á esta acción el nombre de *auto-infección tífica*, porque da lugar á afecciones enteramente semejantes á las tifoideas.

El trabajo excesivo, causa activa de acumulación de productos orgánicos tóxicos, conduce frecuentemente á la auto-intoxicación tífica.

He tenido oportunidad de observar personalmente muchos casos de esas fiebres pseudo-tifoideas en individuos cuyo género de vida me era bien conocido. He podido fácilmente ir del efecto á la causa y reconocer, por la investigación, el papel exclusivo del exceso de trabajo muscular en la producción de esas enfermedades.

Dos de estos enfermos me han llamado sobre todo la atención. Uno estaba recargado por la esgrima, á causa de pasar seis horas diarias con el florete en la mano. Otro había abusado de la gimnasia de aparatos, ejercitándose cuatro horas diarias en una barra fija que instaló en su casa. Ambos eran adolescentes, y en esa edad los elementos anatómicos del cuerpo, menos estables que en la edad viril, sufren más fácilmente el movimiento de desasimilación. El trabajo había gastado más sus tejidos, y los residuos superabundantes de las combustiones demasiado intensas habían envenenado su organismo.

A cada instante, en la práctica, tropieza el médico con casos que le asombran y que serían inexplicables si no se invocara el recargo como causa de los hechos observados. Supongamos un cuartel viejo; sus paredes y techos están cargados de microbios, porque se declara una epidemia; la fiebre tifoidea diezma los hombres. Se blanquean los muros, se desinfecta, y la epidemia aumenta y hace estragos. Se cambia de coronel; y la epidemia desaparece como por encanto. Esto sucede porque ha tomado el mando un jefe menos activo, que no somete ya á sus soldados á un recargo de ma-

niobras; nada de paseos de 50 kilómetros, nada de proezas de gimnasia y de salto para admiración de la población civil. Reducido el soldado al trabajo estrictamente reglamentario, no se encuentra ya bajo el peso del recargo; una disminución de la fatiga ha bastado para extinguir la epidemia.

Las fiebres tifoideas, tan frecuentes en el ejército, son casi siempre fiebres de recargo. Se observan sobre todo en las tropas sometidas á maniobras suplementarias, á marchas forzadas; hacen sus estragos con preferencia en las armas que exigen un trabajo de fuerza, en las guarniciones de artillería, por ejemplo, como se ha visto en Angulema y en Clermont. Atacan más á los soldados jóvenes, que no están todavía habituados á la fatiga. Además, pormenor característico, se propagan rara vez en la población civil, cuyas casas están lindantes con el cuartel, pero cuyas personas no están sometidas á las mismas causas de recargo.

Todo esto nos demuestra el papel importante de la fatiga muscular en la producción de las enfermedades. Todo nos prueba, al lado de los influjos venidos del exterior, el poder de los agentes morbosos que se originan en el organismo. Los microbios y organismos parásitos tienen su función en las enfermedades infecciosas; pero á su lado hay que poner, como agentes de afecciones graves, ciertos venenos químicos que se desarrollan durante los actos vitales que acompañan al ejercicio violento.

Esos venenos, conocidos desde hace poco, y que se han asimilado á los alcaloides de la putrefacción, son capaces de ejercer un influjo pernicioso sobre el organismo en cuyo seno han nacido y de donde no se han eliminado prontamente. Son causa del desarrollo de ciertas formas de afecciones tifoideas, y causa también de la agravación tan notable que toman las más sencillas lesiones, las afecciones más benignas, cuando se declaran en un hombre recargado.

Después de grandes fatigas físicas, una pulmonía ó una erisipela toman carácter infeccioso, y las llagas más sencillas tienden á complicarse con accidentes de septicemia. No es que un germen del exterior haya venido á viciar la sangre, sino que el organismo se ha envenenado con sus propios productos. La enfermedad, primitivamente benigna, tiende á agravarse y á tomar una forma infecciosa, porque evoluciona en un terreno viciado por las leucomainas y otros venenos debidos á la actividad exagerada de los órganos.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Algunas invenciones del ingeniero Octavio Rochefort.—Los interrup'tores rotativos: interruptor de mercurio, interruptor cobre sobre cobre.—Interrup'tores oscilantes: sus ventajas.—Transformadores Rochefort: sus aplicaciones.

Las aplicaciones cada vez más numerosas de la electricidad á la industria han engendrado en estos últimos tiempos una dichosa y rápida transformación en el instrumental de laboratorio. Entre los inventos recientes, los debidos al ingeniero Octavio Rochefort, hijo del célebre escritor francés del mismo apellido, merecen especialísima mención. Aunque no datan de ayer, me abstuve de hablar de ellos antes de que su importancia fuese reconocida por la prensa profesional, por el público y por

los centros oficiales; temía que mis elogios pareciesen reclamo ó se atribuyesen á la amistad.

Esa reserva no es ya necesaria ni menos posible después de los encomiásticos artículos publicados en el *Génie civil*, la *Nature*, la *Radiographie*, la *Science française*, la *Vie scientifique*, la *Revue des Questions scientifiques*, con firmas tan autorizadas como las del profesor Lucas, del Dr. Rochet y otros. Además, después de concursos y exámenes oficiales, se han pedido al inventor instalaciones radiográficas completas para los hospitales y transformaciones unipolares para las instalaciones de telegrafía sin hilos en las colonias. Por último, los últimos experimentos de telegrafía sin hilos, que tan buen éxito han logrado en Brest, se han hecho con los transformadores de Octavio Rochefort.

Los principales inventos de Rochefort son los interruptores y los transformadores eléctricos que llevan su nombre.

La necesidad de los primeros era vivamente sentida después de los descubrimientos de Hertz y los experimentos de d'Arsonval, de Thompson, de Oudin, de Tesla y de Roëntgen.

Los trabajos de estos eminentes inventores eran ciertamente maravillosos, pero los interruptores de que disponían eran deficientísimos; siendo así que el interruptor es un órgano esencial en todos los mecanismos de la inducción. Este mecanismo depende, en efecto, de la rapidez del flujo de fuerzas, es decir, de la instantaneidad más ó menos perfecta con que la corriente se establece y se interrumpe.

Mientras sólo fué cuestión de intensidades muy débiles ó de fenómenos de corta duración, bastaron los interruptores clásicos (interruptor de martillo, interruptores de Neet, de Foncault, de Deprez, de d'Arsonval, de Radiquet).

El de d'Arsonval-Guiffe, de contacto de platino continuamente renovado, el interruptor mercurial de motor rotativo y el de Radiquet (cobre sobre cobre en el petróleo) respondían, no hay duda, mucho más que los precedentes, á las exigencias creadas por las nuevas aplicaciones de la inducción eléctrica, pero exigían aún perfeccionamientos y simplificaciones.

En este concepto, el interruptor rotativo de Octavio Rochefort ha venido á satisfacer una necesidad.

Es un interruptor de mercurio provisto de un pequeño motor eléctrico que da un movimiento ascendente y descendente á una varilla de cobre sumergida en un recipiente, en cuyo fondo se halla el metal líquido cubierto de una capa de petróleo que, merced á su menor densidad, ocupa la parte superior del recipiente, pudiendo subir ó bajar á voluntad para regular la altura de la inmersión. Un reostato permite variar la velocidad del motor de 100 á 1.400 interrupciones por minuto; por último, el curso de la varilla es también susceptible de ser regulada entre los límites extremos de un centímetro y dos centímetros y medio.

Rochefort ha construído también un interruptor rotativo cobre sobre cobre, compuesto de un motor análogo al del rotativo de mercurio, que mueve una caña que levanta una varilla apoyada sobre el fondo del recipiente por medio de un resorte. El número de interrupciones y su consumo son los mismos que en el rotativo de mercurio.

*
* *

Otro interruptor Rochefort—interruptor oscilante, género Foncault—se caracteriza por el hecho original de que la varilla que se sumerge en el recipiente, al dar

paso á la corriente primaria, ejecuta en marcha un movimiento absolutamente vertical, por hallarse en contacto con la extremidad de la balanza.

El motor es un electro-vertical con una palanca horizontal que forma la armadura.

La disposición del aparato permite al temblador tomar una gran velocidad sin dar lugar á proyecciones de mercurio, como ocurría con el interruptor Foucault. Esta velocidad está sujeta también á regulación, lo mismo que la amplitud de la oscilación.

El temblador construído de ese modo puede dar 35 oscilaciones por segundo. Su consumo, notablemente débil, es de 0,3 ampere bajo 4 volts ó sea la potencia mínima de 1,2 watts.

Añadamos que este interruptor, que ha sido presentado á la Academia de Ciencias por el Dr. d'Arsonval, es universalmente reconocido como el más práctico, el más regular y el más sencillo de los interruptores, sobre todo desde que Rochefort le ha perfeccionado, haciendo el flexible más sólido, sus ligaduras más sencillas y resistentes, suprimiendo el desgaste por medio de un pequeño condensador y reemplazando los contactos de platino por otros de cobre.

**

Mucho más importantes que los aparatos descritos son los transformadores Rochefort, que representan una transformación de la misma bobina.

Como lo ha hecho notar el eminente profesor J.-D. Lucas, en un artículo publicado hace ya algún tiempo en la *Revue des Questions scientifiques*, se ve que la atención de Octavio Rochefort se había fijado principalmente sobre el punto débil del inductor clásico: su aislamiento. Los dieléctricos sólidos comúnmente empleados pueden agrietarse por una desecación demasiado brusca y al fin se hienden siempre con el tiempo, sea por reducción espontánea, sea más bien bajo la acción de las enormes presiones eléctricas á que están sometidos. Por lo mismo no hay quizá bobina algo poderosa en la cual no lleguen á percibirse, en cámara oscura, efluvios más ó menos considerables en diversos puntos, especialmente en la proximidad del núcleo. Por otra parte, la movilidad era excesiva en los líquidos aisladores, aunque éstos tuviesen la ventaja de reparar sus brechas accidentales. Rochefort juzga que esta ventaja podría ser conservada por el empleo de los dieléctricos viscosos, que, por lo demás, no tendrían el defecto de la movilidad señalado en los aisladores líquidos.

Después de múltiples ensayos, dió la preferencia á un aislador pastoso, cuyo secreto se reserva, y que es un dieléctrico perfecto. Con él el inducido puede ser acercado al inductor y pueden multiplicarse sus espirales sobre el punto en que la inducción es más fuerte, sin temor de ver producirse chispas interiores.

El inductor, constituído por el núcleo de alambre dulce y el primario de alambre grueso, no difiere del de Rhumkorff. Hállase contenido en un tubo aislador; pero en lugar de las numerosas *galettes* del secundario alineadas sobre el inductor, separadas por capas de dieléctricos que pueden sostener juntos longitudes de 17 á 18 quilómetros, con un peso de 15 quilogramos, no se necesita aquí más que una sola bobina de alambre de 16/100 con peso de 600 gramos. Esta bobina se apoya sobre la región media del inductor, y el todo descende á un vaso de cristal que se llena inmediatamente de un aislador carburo pastoso.

Estos transformadores pueden usarse, sea para el empleo de la corriente continua á 110 volts, sea por acumuladores, cuando se posee el medio de hacerles cargar fácil-

mente en una fábrica cualquiera de electricidad, sea, en fin, empleando una dinamo ó á falta de ésta la pila de bicomato de potasa, llamada de *trevill*.

Los últimos experimentos de Brest han demostrado que los transformadores Rochefort están llamados á tener grande importancia en las aplicaciones de la telefonía y de la telegrafía sin hilos.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Un hispanófilo francés, muy dado á escudriñar en nuestras bibliotecas, acaba de publicar una edición completa y sin enmienda alguna de la antigua tragi-comedia, joya inestimable de nuestra literatura, que lleva por título *La Celestina*.

Desde que algunos autores extranjeros se han fijado en esta obra humana que junto con el tipo del hidalgo manchego completa casi el caudal psicológico de toda una literatura, los españoles que por la dificultad de su lenguaje primitivo no se fijaban en ella han convertido de nuevo los ojos á tan gigantesca creación.

El Sr. Pi y Margall, cuya influencia en la dirección de la Biblioteca pequeña de Rivadeneyra es por todos conocida, hizo un gran bien publicando sin hipócritas escrúpulos la obra maestra de nuestro antiguo teatro. Por esto me parece que la pulcra edición del erudito francés M. Fourdié del Bos, completa y cuidadosamente revisada para ponerla en la misma ortografía de los primeros ejemplares, no tendrá todo el éxito que en otro caso hubiera merecido.

Puede decirse que la de ahora es la mejor edición moderna que se conoce, y se hace por esto muy recomendable á los bibliófilos, á quienes sin duda se dirige exclusivamente el erudito, dado el escaso número de ejemplares que ha hecho imprimir. Su precio elevadísimo, así como la relativa bondad de la edición popular anteriormente citada, la hace inasequible é innecesaria al gran público.

En una de las últimas visitas que hice al Sr. Pi y Margall, me habló de su propósito largo tiempo pensado de hacer publicar en edición económica la *Dorotea*, de Lope de Vega. Es una comedia en verso, superior en delicadezas y discreteos á la *Celestina*, pero muy inferior á ella en conocimiento del corazón humano. Y es que en toda esta última hay una fuerza majestuosa, un palpar de carne viva que hace estremecer nuestro espíritu.

En esta comparación con la obra del gran ingenio del teatro español es donde puede medirse la grandeza humana que hay en la tragi-comedia de Calixto y Melibea. En las argucias y discursos de la vieja hay un descaro y cinismo tan profundos, que son naturalmente trágicos. El argumento, el nudo de la obra, es lo de menos, y sirve únicamente para fijar la atención de los espíritus torpemente embotados. La grandeza está en el alma trazada con rasgos severísimos de la vieja alcahueta que apenas rompe á hablar hinca los dientes en carne viva.

La escena de su muerte es de lo más naturalmente grande que he leído. Nada la prepara, nada dispone al lector á tan brutal desenlace; es una muerte baja, no pensada, producida, no por accidente alguno, sino por el carácter mismo de los personajes. A pesar de lo imprevisto de la catástrofe, el lector queda absorto por la verdad profunda de la acción y se convence al punto de que esta cosa debía ser así y no de otro modo.

Soy enemigo de todos los arreglos y me indigno sobremanera al leer que un Fula-

no de Tal ha arreglado á la escena española el drama ó la comedia de un autor extranjero. Aparte el grosero instinto de ladrón que muchas veces impulsa á los que cometen semejantes atropellos, con el sólo objeto de no pagar sus derechos al autor, he observado que la *escena española* suele exigir para sus adaptaciones que sea castrada la obra original. Y esto me indigna.

Pero hay obras de otros tiempos que respondían en realidad á circunstancias de representación distintas de las actuales, y en todo el mundo y por gente muy honrada, artísticamente hablando, se han hecho arreglos delicadísimos de las mejores obras del teatro antiguo. Sería preferible que nuestro público supiese plegarse á las condiciones de la obra clásica, y asistiese á su representación íntegra. Pero como esto no es así, cabe el arreglo hecho con buen instinto de arte por un autor moderno.

He asistido á la lectura de un arreglo que Zeda (el Sr. Villegas) ha hecho de la *Celestina*. Y confieso que me produjo una profunda sensación de arte. El lenguaje, aunque algo modernizado, guarda el encanto rozagante y zalamero del original, y las escenas principales han sido aprovechadas con acierto. El Sr. Villegas ha trabajado durante cinco años en la confección de su delicado arreglo y ha tenido la honradez de abstenerse casi en absoluto de modificar el texto, aparte la indicada modernización de las palabras.

*
* *

En el Salón Parés de Barcelona están expuestas, entre otras muchas obras pictóricas, tres proyectos de Alejandro Riquer: un plafón ó cuadro en azulejos que representa una hierática figura femenina con una maceta de flores en la mano, un cartel para casa de música en que aparece una mujer con las manos extendidas sobre un piano, y otro cartel para una fábrica de tejidos en que, además de una hilandera con su rueca, aparece una araña tejiendo su tela pulcramente.

En todas las obras de Riquer predomina lo que en cierto orden de literatura se ha dado en llamar el *gesto*. Producen á primera vista una impresión de arte exquisito y aristocrático. En todas ellas hay flores de nombres extravagantes, cuando no son de la exclusiva osadía del dibujante. Lo que no pintará nunca Riquer ó casi nunca son flores ó plantas que sean conocidas y amadas por el vulgo.

En tales dibujos, la limpieza de la línea, la esmerada pulcritud del contorno es superior casi siempre á la verdad del rasgo. No sé si explico bien el concepto. Quiero decir que encontraréis en las obras de Riquer ojos que no miran ni ven, talles largos ó cortos, brazos y pechos defectuosos, y, en general, algunos errores, no siempre predominantes, de proporción. Pero todo esto se presenta cuidadosamente retocado, limado, limpio. En una palabra, no veo proporción equilibrada entre la visión interna de la imagen por parte del artista, y el esmero aristocrático en la ejecución. La pulcritud de ésta pone de relieve los defectos de aquélla.

Añadid á esto las actitudes estudiadamente extáticas, de una amplitud y heroicidad ampulosas y creo podréis adivinar lo que significa esto de los pintores del *gesto*, á pesar de lo deficiente de mi expresión. El éxtasis resulta de un movimiento llevado casi al infinito, y sólo puede llegar á él el arrobamiento espiritual. La vibración es tan rápida que deja de ser perceptible á nuestros ojos. Pero es preciso un encanto, una emoción, una materia primera que precipite al espíritu en el éxtasis.

Se dirá que el artista sólo puede pintar el éxtasis sin penetrar su causa psicológica. Pero en las obras de muchos prerrafaelistas hay en los ojos un brillo especial, y en las facciones una claridad radiante, y en los gestos y en el ambiente una calma

serena que nos remontan inconscientemente al arrobamiento del espíritu. Y en los autores modernos que los imitan veo el gesto extático y nada más. Hay la expresión, pero no *entusiasmo* psicológico.

Riquer, sin embargo, es un maestro. Nunca le encontraréis una nota de mal gusto, y he de confesar que en sus tres obras del Salón Parés salva con suma destreza los defectos que le atribuyo. Representa además una tendencia simpática, de la cual hablaré otro día. Me refiero á la compenetración de la pintura con los grandes ideales modernos del comercio. Las almas pequeñas no pueden ver la oculta y palpitante grandeza que los pueblos modernos imprimen á sus empresas mercantiles. Cuando los pueblos fuertes hayan extendido la civilización europea por todo el globo, se comprenderá el poderoso sentimiento humano que viene envuelto en las miserias mercantiles de nuestros días. Riquer pone su arte al servicio de esta morada que nuestros gloriosos *fenicios* organizan para ganar á nuestro pueblo una parte en la vida universal.

*
* *

Quiero dedicar unas pocas líneas á una conferencia dada por John Ruskin con el título *Of Queen Gardens* (Los Jardines de las Reinas). Es una lástima que después de haberse hablado tanto del grande hombre inglés no se haya publicado en español ni una de sus obras.

Toda la conferencia está dedicada á la misión de la mujer y á la educación que se le ha de dar para ponerla en la posibilidad de cumplirla dignamente. En este librito he encontrado admirablemente expuestas una porción de ideas que desde hace mucho tiempo estaban en mí, sin que hubiese sabido desarrollarlas. A medida que leo el libro digo: esto es verdad, esto es hermosamente cierto. Es una de estas obras que después de leídas se saca mucho provecho estudiándolas.

Ruskin no cae en el lamentable error de estudiar las relaciones del hombre y la mujer á través de una teoría social, ó de las circunstancias presentes del matrimonio. Así es que sus ideas pueden referirse á la unión del hombre y la mujer en todos los tiempos pasados y futuros.

Salva de una manera brillantísima el defecto en que tantos han caído de comparar la misión del hombre con la de la mujer. Son cosas incomparables; cada una en su orden es lo más grande que existe en la naturaleza. Por esto llama reinas á las mujeres. La esfera de acción de la mujer en la vida es lo que Ruskin llama un *Jardín de la Reina*.

Despreciando todo lo accidental, llega al alma de la mujer y concibe la corona de su debilidad. Descubre en la delicadeza femenina una placidez heroica. En vez de buscar un fin, una misión conforme al ideal moderno, busca en el arte de todos los tiempos la inspiración primera de su trabajo. Y así llega á concebir el alma eterna de la mujer sirviendo de guía á la energía del hombre por medio del amor.

No es posible extractar los medios que propone para dotar á la mujer de las aptitudes necesarias á la consecución de su fin. Y en la precisión de apuntar en breves palabras la impresión total de este trabajo, diré que ha dejado en mi espíritu como una estela de paz y de alegría.

*
* *

Todavía he llegado á tiempo de poder asistir á unas pocas representaciones de la compañía Mendoza-Guerrero. Después de la tournée por América y Europa me interesaba presenciar el conjunto de esta compañía que bien ó mal había continuado la tradición del teatro español en el extranjero.

No es elemento despreciable en la mujer de teatro, como no lo es nunca en las mujeres la hermosura del cuerpo, y en esto he notado una agradable progresión de belleza en María, que, sin perder su frescura de moza, ha disimulado sus pómulos y narices con una mayor exuberancia en los músculos.

El gesto de la artista ha adquirido mayor libertad y soltura; pero continúa adaptado á las situaciones discretas. En cuanto quiere expresar algo trágico, los brazos y los músculos del rostro se violentan sin encontrar la nota. Disimula un poco su natural dureza, pero no esconde su falta de flexibilidad. No llega á ser ampulosa, pero en las situaciones trágicas se encuentra fuera de lugar, como si estuviera allí casualmente, sin tener culpa de nada.

En lo que no hay progreso sino acentuación de un defecto antiguo, es en la modulación de la voz. El artista de teatro no ha de tener modulación propia, so pena de suprimir á todos sus personajes un aire paternal que disgusta al público, hace traición al autor y cansa á todos. Todavía puede, sin embargo, permitirse al artista un acento propio cuando éste es fino y delicado. Pero ¿han oído ustedes nada más brusco, antipático y grosero que el acento baturro? De seguro que ningún patriota aragonés se atreverá á defenderlo para nuestro teatro clásico.

He oído poco á Díaz de Mendoza, que me ha sido muy simpático, y no puedo juzgar debidamente su labor. Debe padecer alguna enfermedad de la garganta y esto le quita las espléndidas sonoridades de voz que tan bien sientan á los grandes actores. Lo que sí he notado es que debe estudiar mucho sus papeles, pues cuida todos los detalles con pulcritud.

El resto de la compañía está compuesto de hombres y mujeres generalmente feos. Algunos son además, antipáticos, lo cual produce siempre en la escena una impresión desagradable. La mayor parte de ellos no se han dado cuenta de que el teatro clásico español requiere, además de ciertos trajes, un gesto y un decir apropiados.

La presentación escénica, en cuanto á trajes, tapices y mobiliario, representa, en verdad, un gran progreso en nuestra guardarropía artística. Sin embargo, ya que han imitado el corte de los trajes de Velázquez, hubieran podido imitar asimismo el color, que no es cosa caprichosa, y sí muy esencial en los efectos de conjunto. Tampoco veo la necesidad de presentar como aragoneses los personajes catalanes de *Tierra baja*. No queda allí rastro alguno de sabor local, y esto produce un efecto lamentable.

En resumen: la compañía Mendoza-Guerrero representa un atildamiento en todo superior á lo que vemos en el teatro español de nuestros días. Y esto ya es una alabanza que no he de regatearles. El buen gusto que suele dominar en el repertorio es también digno de elogio. No transijo con los que hacen del arte un oficio grosero y lo envilecen; y por eso mismo, aun señalando los verdaderos defectos, si los hay, me gusta ser un poco complaciente con aquellos en quienes puedo respetar la honradez y gentileza en la intención.

PEDRO COROMINAS.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

—Eso trastorna nuestros planes: el equipaje está ya hecho—contesté débilmente.

—¿No sería más sencillo que se presentase esta noche al príncipe para hacerle su

reverencia?—preguntó de repente mi marido desde el otro extremo del salón.

Su tono, aunque contenido, dejaba traslucir una sobreexcitación que jamás había observado en él.

—¡Jal ¡Jal ¡Es celoso!—dijo la prima riendo á carcajadas.— Pero no es por el príncipe por quien yo suplico á María que se quede, sino por nosotras... ¡Si usted supiese el interés que tiene la condesa R... en que vaya!

—A ella le toca decidir—respondió Serguei friamente, y salió de la habitación.

Comprendí que estaba contrariado y fuera de sí. Me dió pena, y no adquirí ningún compromiso con mi prima. En cuanto se marchó, fui en busca de mi marido.

Recorría el cuarto de una parte á otra, absorto en sus reflexiones. Entré de puntillas sin que lo notara.

«Se cree ya en nuestra querida casa de Nicolskoe—me dije mirándolo.— Se ve por la mañana en nuestro salón tan alegre, tomando el café; encuentra de nuevo sus campos, sus *mujiks*, nuestras dulces veladas en la sala de los divanes y nuestras cenas nocturnas y clandestinas... ¡No!... ¡Yo daría todos los bailes del mundo y los cumplidos de todos los príncipes de la tierra por su alegre turbación, por sus tiernas y tranquilas caricias!»

Iba á decirle que no quería ir á la reunión, que prefería marchar al campo, cuando notó mi presencia; su cara se contrajo, y perdió su expresión afectuosa y pensativa. Creí leer de nuevo en su mirada una calma protectora y la conciencia de su juicio y penetración.

No quiere resignarse á aparecer delante de mí como un simple mortal; necesita presentarse siempre sobre su pedestal como un semidiós.

—¿Qué hay, amiga mía?—me preguntó con su tono tranquilo, volviéndose negligentemente hacia mí.

No contesté. Estaba furiosa. ¿A qué venían esos aires delante de mí, en vez de mostrarse tal y como yo le amaba?

Repitió:

—¿Deseas ir á esa reunión?

—Me hubiera gustado—respondí—; pero desde el momento en que no te agrada.. Luego está hecho el equipaje...

Jamás me había hablado tan friamente, ni mirado de una manera tan glacial.

—No marcharé hasta el martes, y daré orden de desempaquetar—dijo—; por consiguiente, nada te impide ir... Ve, no te violentes... Yo esperaré.

—No te comprendo—respondí siguiéndole con los ojos.— Dices que siempre estás tranquilo (jamás había dicho semejante cosa). ¿Por qué me hablas de ese modo tan extraño? Yo estoy enteramente dispuesta á hacerte el sacrificio de ese placer, y tú exiges que vaya á la reunión con un tono irónico á que no estoy acostumbrada.

—¡Cómo! Tú haces *sacrificios*—acentuó esta palabra—y yo también los he hecho. ¿Qué más necesitas? ¡Es una lucha de generosidad! ¿Qué otra felicidad conyugal puede desearse?

Por primera vez le oía pronunciar palabras tan duras y acerbadas. Sus sarcasmos, en vez de hacerme entrar en razón, no sirvieron más que para exasperarme; su irritación, lejos de intimidarme, me contagiaba.

El, siempre tan sincero y sencillo en nuestras relaciones, él que temía sobre todo las frases, ¿era el que me hablaba así? ¿Y por qué? ¿Porque estaba dispuesta á hacerle el sacrificio de un placer en que yo no veía ningún mal? ¿ó porque

un minuto antes penetraba tan profundamente en su alma y sentía tanto amor por él?

«Ahora—pensé—se han trocado nuestros papeles: él es el que alambica las palabras más francas é inocentes, y yo la que no quiero frases...»

—Has cambiado mucho—le dije suspirando.— ¿Qué falta he cometido yo hacia ti? No es por esa reunión por lo que tú te enfadas; debes tener algún resentimiento conmigo. ¿Por qué no me hablas francamente? ¿No eres tú el que temías tanto siempre la falta de sinceridad? Pues bien: dime abiertamente lo que tengas que reconvenirme.

«¡A ver por dónde sale ahora!»—me dije.

Yo estaba muy satisfecha de mí y muy convencida de que no podría poner ninguna tacha á mi conducta durante aquel invierno.

Me quedé de pie en medio del cuarto para obligarlo á pasar delante de mí, y lo miré venir.

«¡Ahora se acerca, me decía, me abraza y se ha acabado todo!» No pudo menos de pesarme el dejar escapar tan buena ocasión de convencerle de sus injusticias.

En vez de adelantarse, se paró al otro extremo de la pieza, y fijó en mí la mirada.

—¿De modo que no me entiendes?—me preguntó.

—¡No!

—Entonces me explicaré. ¡Me disgusta por primera vez de mi vida, me disgusta lo que siento y lo que no puedo menos de sentir!...

Calló, asustado evidentemente de las duras inflexiones que su voz tomaba.

—Pero ¿qué es lo que te disgusta?—pregunté con lágrimas de indignación en los ojos.

—¡Me disgusta ver que al príncipe le parezcas bonita, y que por esa razón te apresures á presentarte á él, olvidándote de tu marido y de tu dignidad de mujer; y que no quieras comprender todo lo que debe sentir tu marido, cuando te olvidas de ti misma y pierdes la conciencia de tu dignidad! Lejos de eso, tú eres la que vienes á decir á tu marido que estás pronta á *hacerle sacrificios*, es decir: «es una gran felicidad para mí poder presentarme á Su Alteza, pero ¡te sacrifico esa felicidad!»

A medida que hablaba lo excitaba más el sonido de su voz, dura y sarcástica. No había visto aún á mi marido en semejante estado, y nunca hubiera creído que pudiese hablarme así. Me afluyó la sangre al corazón, tuve miedo; pero á la vez la injuria que estimaba inmerecida y la herida inferida á mi amor propio me impulsaron á la rebelión: resolví vengarme.

—Hace mucho que me esperaba esto—le dije—; habla, habla...

—No sé qué te esperabas—continuó—; pero yo podía esperármelo todo, al verte hundir más cada día en ese fango de ociosidad, de lujo y de placeres mundanos, y no me he engañado... Heme aquí llegado hoy al extremo de sentir vergüenza y de sufrir como nunca hasta ahora... Sí, he sufrido, ¡y de qué manera!, cuando tu amiga me escarbaba el corazón con sus manos inmundas, hablándome de celos... ¡celoso yo! ¿y de quién? De un hombre que ni tú ni yo conocemos... ¿Y tú—se diría que lo haces adrede—, tú no me comprendes, y vienes á hablarme de sacrificios?... Pero, ¿qué es lo que me sacrificas?... ¡Vergüenza me ha dado por ti, vergüenza de tu humillación... víctima!

«¡Ah! he ahí el poder del marido!»—pensé.— Tiene el derecho de ultrajar y humillar á una mujer que no encuentra nada que reconvénirle!... He ahí los derechos del marido... ¡No, no me someteré!»

—¡No!—exclamé en voz alta.— No te haré sacrificios.— Sentía dilatárseme la nariz

y abandonar la sangre mis mejillas.—¡Iré el sábado á la reunión de la condesa, y me guardaré bien de faltar!

—Pues que Dios te haga feliz; pero todo ha acabado entre nosotros.

Gritó estas palabras en un acceso de furor imposible de dominar.

—No, no me atormentarás más—continuó; yo era un imbécil creyendo...

Le temblaron los labios é hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo para omitir el final de la frase.

En aquel momento lo temía y lo detestaba. Hubiese querido decirle muchas cosas y vengarme de todas sus injurias; pero si hubiese abierto la boca, hubiera roto á llorar y me habría humillado así delante de él.

Salí, pues, de la habitación, sin pronunciar una palabra. Pero apenas dejé de oír el ruido de sus pasos, miré con terror lo que acababa de pasar. Temí que nuestra unión se hubiese roto para siempre, aquella unión que constituía todá mi ventura, y quise volver hacia mi marido.

«Sin embargo, me dije, ¿estará bastante tranquilo para comprenderme, cuando le tienda la mano y le mire? ¿Apreciará mi magnanimidad? ¿Y si cree que mi dolor es fingido, ó acepta mi arrepentimiento con la conciencia de su derecho, y me perdona desde las alturas de su sereno orgullo? ¿Y por qué ese hombre á quien tanto he querido me ha ultrajado tan violentamente?»

Me retiré á mi habitación y allí permanecí sola mucho tiempo, llorando y repitiéndome horrorizada las palabras pronunciadas durante aquella escena. Substituía esas palabras con otras buenas, pero me acordaba de nuevo de la horrible realidad, y retoñaba el sentimiento del ultraje.

Llegada la noche, bajé á tomar el te; vi á mi marido con el señor S..., nuestro huésped aquel día, y, al verlo, comprendí que se había abierto un abismo entre nosotros.

Nuestro invitado me preguntó cuándo pensábamos partir. Antes de que tuviese tiempo de responder, contestó mi marido:

—Partiremos el martes; tenemos todavía una reunión en casa de la condesa R.... ¿Piensas ir, verdad?—dijo volviéndose hacia mí.

Tuve miedo de aquellas palabras tan sencillas; dirigí los ojos á mi marido, y encontré fija en mí su mirada; la mirada era burlona y maligna; la voz fría y firme.

Sí—respondí.

Cuando se marchó nuestro huésped, se acercó á mí, me tendió la mano, y exclamó:

—Te suplico que olvides lo que te dije esta mañana.

Cogí su mano, tembló en mis labios una sonrisa é iban á correr mis lágrimas, cuando él retiró los dedos, y como si temiese una escena sentimental, se sentó en un sillón bastante lejos de mí.

«¿Sigue creyéndose en su derecho?»—me pregunté, y se detuvieron en mis labios la explicación que llevaba meditada y mi súplica de no ir á aquella reunión.

—Hay que escribir á mamá que demoramos la marcha, porque si no, podría estar intranquila.

—¿Y cuándo piensas partir?

—El martes, después de la reunión—contestó Serguei.

—¿Supongo que no te quedarás por mi causa?—respondí; y mis ojos buscaron los suyos, pero no me dijeron nada: estaban velados para mí.

Su cara me pareció de repente envejecida y desagradable.

Asistimos á la reunión; nuestras relaciones volvieron á tornarse en apariencia buenas y afectuosas, pero no eran ya lo que en otro tiempo.

Me encontraba sentada con otras señoras en casa de la condesa R..., cuando el príncipe se adelantó hacia mí; debí permanecer en pie para hablarle, según exigía la etiqueta; al levantarme para responder á su saludo, busqué con los ojos involuntariamente á mi marido; vi que me observaba desde el extremo opuesto del salón y que se volvió á otro lado.

Experimenté de repente tal sentimiento de vergüenza y malestar, que me quedé terriblemente confusa, y bajo las miradas del príncipe sentí subir el rubor á mi cara é invadir el cuello. A pesar de mi confusión, no tenía más remedio que escuchar lo que me decía, mirándome desde lo alto.

Nuestra conversación no fué larga; no había sitio libre cerca de mí, y él advirtió sin duda que yo me encontraba cohibida en su presencia. Hablamos del baile de la semana anterior, del campo en que iba á pasar el estío y de otras cosas indiferentes.

Al despedirse de mí, expresó el deseo de conocer á mi marido, y poco después vi que se saludaban y entablaban conversación. El príncipe debió hablar de mí, porque en un momento dado volvió la cabeza, sonriendo, hacia la parte en que yo me encontraba.

Mi marido se puso muy encarnado, se inclinó profundamente, y se alejó aun antes de despedirse su interlocutor. Volví á sonrojarme, abochornada de la mala idea que el príncipe se habría formado de mí y sobre todo de mi marido.

Me parecía que debía haberse notado mi timidez y mi encogimiento, así como la actitud de mi marido respecto del príncipe. ¿Cómo se la explicarían? Todo el mundo adivinaría mi discusión con Serguei Mikhainovich.

Mi prima me acompañó á casa, y durante el trayecto recayó la conversación sobre mi marido. Yo, sin poder contenerme, le conté la escena promovida por aquella malhadada reunión. Ella me tranquilizó diciéndome que esos altercados entre cónyuges eran muy frecuentes, y que pasaban sin dejar huellas; después me explicó á su modo el carácter de Serguei, declarándome que se había vuelto muy poco comunicativo y muy orgulloso; yo asentí á su parecer, muy convencida de que entonces comprendía mejor á mi marido y lo juzgaba más serenamente.

Pero cuando me encontré á solas con Serguei Mikhailovich, pesaron sobre mi conciencia como un crimen las apreciaciones que había formado sobre él, y comprendí que se había ensanchado más el abismo que nos separaba.

III

A partir de ese día, nuestra vida y nuestras relaciones cambiaron de todo en todo: las conversaciones á solas perdieron su encanto; había temas que rehuíamos, y hablabamos más libremente en presencia de un tercero que entre nosotros dos. En cuanto se trataba de bailes ó de la vida de campo, nos sentíamos en una situación violenta, y nuestros ojos se desviaban con afectación para no encontrarse.

Se hubiera dicho que adivinábamos perfectamente dónde empezaba el abismo que nos separaba, y que teníamos miedo de aproximarnos á él. Yo estaba muy convencida de que mi marido era orgulloso y colérico, y que hacía falta mucha prudencia para no chocar con sus debilidades. El, por su parte, creía de buena fe que yo no po-

día vivir lejos de la sociedad, que no me convenía la vida de campo, y que era de su deber tener en cuenta mis gustos.

Los dos evitábamos explicarnos francamente sobre el particular, y nos engañábamos en nuestros juicios recíprocos. Había pasado el tiempo en que él era á mis ojos el más perfecto de los hombres, y en que yo era para él la mejor de las mujeres; nos entregábamos á comparaciones y nos juzgábamos mutuamente en secreto.

Antes del día señalado para nuestra marcha caí enferma, y, en vez de volver á Nikolskoe, nos instalamos en una quinta de los alrededores de San Petersburgo, conviniendo en que Serguei Mikhailovich iría sólo á pasar algún tiempo al lado de su madre. Cuando partió, yo estaba ya suficientemente restablecida para poder acompañarlo; pero me aconsejó que no lo hiciese, á causa del estado de mi salud. Comprendí que temía que me aburriese allá, y tomé el partido de quedarme sin insistir.

En ausencia suya me pareció vacía la vida, y me entristeció el aislamiento; pero á su vuelta noté que no pasaba ya lo que antes, que Serguei no añadía nada á mi existencia. La intimidad de otros días, cuando un pensamiento que yo no le hubiese comunicado pesaba sobre mi corazón como un crimen; cuando sus actos, sus ademanes y sus palabras me parecían un modelo de perfección; cuando, en fin, nos bastaba mirarnos para romper á reir como locos, aquella intimidad había desaparecido, y nuestras relaciones se habían modificado insensiblemente de tal manera, que no advertimos cuándo ni cómo se había operado la mudanza.

Uno y otro teníamos nuestros intereses particulares, que ni siquiera tratábamos ya de poner en común.

Pronto dejó de parecernos mal el que cada uno tuviese su mundo aparte, extraño al otro; y nos acostumbramos tan bien á esta variación, que al cabo de un año podíamos mirarnos á los ojos sin violencia, abstraído cada cual por una preocupación diferente.

Serguei Mikhailovich había perdido sus niñadas y sus explosiones de alegría, así como aquella amenidad que lo impulsaba á ser indulgente con cosas y personas, y aquella indiferencia hacia todo lo que no éramos nosotros, que me indignaba antes. Al dirigir los ojos hacia él no encontraba ya aquella mirada profunda que me llenaba de turbación y de dicha en los primeros tiempos de mi matrimonio; ya no rezábamos juntos, ni compartíamos nuestros entusiasmos; á decir verdad, nos veíamos muy poco: él andaba siempre por caminos y trochas desde que no temía dejarme sola, y yo andaba siempre en sociedad donde me pasaba muy bien sin él.

Ya no había enfados ni altercados entre nosotros: yo me esforzaba en tenerlo contento, y él se apresuraba á satisfacer todos mis deseos; en una palabra: parecíamos amarnos.

Cuando, por venturá, nos encontrábamos solos, lo cual era muy raro, no sentía ya en su presencia alegría, ni emoción, ni turbación; era como si estuviese sola. Sabía muy bien que no era un advenedizo, ni un extraño, sino mi marido, á quien conocía como á mí misma. Estaba segura de saber de antemano todo lo que haría, todo lo que diría y hasta cómo me miraría; y si obraba de otro modo, contra lo previsto por mí, me parecía que se equivocaba.

Sólo en nuestros momentos de cariño tranquilo y moderado se me oprimía el corazón, comprendiendo que no todas las cosas pasaban entre nosotros como debían, y creyendo leer el mismo sentimiento en sus ojos.

Había ahora en nuestras efusiones un límite que no quería traspasar él, y que yo

no podía franquear. A veces me entristecía esa idea, pero no tenía tiempo de entregarme á mis reflexiones, y hacía esfuerzos por olvidar la pena que me causaba ese cambio entre nosotros en medio de las distracciones que incesantemente se me ofrecían.

Jamás permanecía sola, porque temía analizar el estado de mi alma. Aparte de eso, tenía lleno todo mi tiempo desde la mañana hasta bien entrada la noche, aun sin salir á ninguna parte. Esa vida no me parecía alegre ni enojosa: suponía que debía ser así y durar siempre.

Tres años pasaron de ese modo, y nuestras relaciones siguieron en los mismos términos, como si se hubiesen petrificado y no pudiesen mejorar ni empeorar.

En ese período sobrevinieron dos grandes acontecimientos en la familia, sin determinar ninguna modificación en mi manera de vivir: fué el primero el nacimiento de mi primer hijo, y el segundo la muerte de la madre de mi marido.

El sentimiento materno se apoderó de mi alma con tal violencia, y me transportó de tal suerte, que creí abrirse ante mí una vida nueva; pero al cabo de dos meses, cuando pude volver á frecuentar la sociedad, ese sentimiento se debilitó poco á poco y pasó á ser una costumbre, un deber tranquilamente cumplido.

Mi marido, al contrario, desde el nacimiento de nuestro primogénito, reanudó su vida sosegada y casera, transportando al niño su cariño y su alegría.

Muchas veces, cuando entraba en traje de baile en el cuarto del niño, para besarlo y hacer la señal de la cruz sobre su frente, antes de marcharme encontraba á su padre junto á la camita, y creía leer una reconvención en la mirada de Serguei Mikhailovich. Entonces sentía remordimientos, me abochornaba mi indiferencia hacia mi hijo, y me preguntaba si no era yo peor que las otras mujeres.

«¿Qué hacer?—me decía—. Yo quiero á mi hijo, pero no puedo estarme eternamente á su lado; me aburriría, y no quiero fingir, jamás...»

La muerte de mi suegra fué una gran pena para Serguei Mikhailovich; declaró que le sería costoso vivir en Nicolskoe sin ella.

En cuanto á mí, tomé parte en el dolor de mi marido, pero en el fondo me encontraba más á mis anchas en el campo desde que era el ama de la casa.

LEÓN TOLSTOÏ.

(Se continuará.)

SECCION LIBRE

LAS COLONIAS ANARQUISTAS

Hace poco tuve el gusto de asistir á la representación de *La Clairière* (1), de Lucien Descares y Maurice Donnay, lo que me causó una alegría que hacía muchos años no

(1) *Clairière*, en sentido recto, significa espacio sin árboles en medio de un bosque; *claro* ó *raso* en español. En sentido figura lo en ambos idiomas puede significar la existencia de una cosa buena rodeada de multitud de cosas malas. Tal vez fuera más adecuado este título: *El oasis*, palabra que tiene las mismas acepciones, ortografía y pronunciación en francés y en español.

había sentido en el teatro, y esta vez, á la verdad, menos por la obra que por los espectadores, que me parecieron conmovidos en lo más hondo de sus sentimientos, y esto no sólo los del paraíso, sino todos en general. Con simpatía profunda, con palpitante ansiedad miraban todos la *clairière* anarquista, tan diferente, á lo menos en sueño, de los turnos infectos ó la tiránica *boîte* (1) en que se consume la vida en esta sociedad; todos elevaban su ideal hacia una sociedad decente y honrada, y cuanto más altas y dignas eran las palabras que oían, mejor parecían comprenderlas. Por algunas horas los burgueses, los hartos, los medrosos arrojaban lejos de sí sus añejas preocupaciones y su trasnochada moral; se despojaban del hombre viejo.

No haré la crítica de la obra; no señalaré sus méritos ni sus defectos: muchos compañeros lo han hecho con nimia sagacidad y con simpatía hacia los autores; por mi parte no siento necesidad de analizar sutilmente mis placeres: lo que me interesa es el asunto que tan profundamente nos ha conmovido á todos. Este claro que ha desaparecido de nuestra vista como un miraje del desierto, ¿reaparecerá de modo más duradero? En medio de esta sociedad mala, tan torpemente incoherente, ¿llegaremos á agrupar los buenos en microcosmos distintos, constituyéndose en falanges armónicas, como quería Fourier (2), de modo que la satisfacción de los intereses individuales coinciden y se ajustan perfectamente con el interés común, rimando sus pasiones en un conjunto á la vez poderoso y pacífico, sin que nadie experimente por ello el menor sufrimiento? En una palabra, ¿crearán los anarquistas Icarías para su uso particular del mundo burgués?

Ni lo creo ni lo deseo.

Nuestros enemigos nos aconsejan con buena voluntad y mala intención que nos alejemos de la sociedad burguesa y pongamos el Océano entre ella y nosotros; nos animan á hacer nuevos experimentos en países de Utopía, con la doble esperanza de desembarazarse de nosotros y de exponernos al ridículo de nuevos fracasos: se ha llegado hasta hacer la proposición seria y formal de embarcar todos los anarquistas declarados y conducirlos á una isla de la Oceanía, que se les regalaría, á condición de no salir jamás de ella y de acostumbrarse á la vista de un barco de guerra que apuntase continuamente sus cañones al campamento.

¡Muchas gracias, amables conciudadanos! Aceptamos vuestra «Isla Afortunada», pero á condición de ir á ella cuando nos plazca, y entre tanto quedamos en el mundo civilizado, donde, evitando vuestras persecuciones del mejor modo posible, continuaremos nuestra propaganda en vuestros talleres, fábricas, heredades, cuarteles y escuelas; proseguiremos nuestra obra donde nuestra esfera de acción sea más extensa, en las grandes ciudades y en las campiñas populosas.

(1) *Boîte*, en su acepción figurada vulgar, es palabra del *argot* tipográfico parisién, que á la *casse* (caja de imprenta) llama *boîte* en sentido despreciativo. Cuando un tipógrafo dice *ma boîte*, quiere decir *mi caja*; por extensión se aplica á la imprenta donde trabaja. Generalizándose la palabra hasta formar parte del lenguaje vulgar y penetrar en el literario, significa todo lugar donde se está mal y forzado por la necesidad.

(2) *Fourier*. La respetuosa consideración que me inspira este nombre me mueve á consignarla aquí aprovechando esta oportunidad. La lectura de un extracto de sus obras, que cundió por Andalucía, donde, con gran fruto revolucionario, fué como el Evangelio socialista, hace ya más de medio siglo, me sugirió el ideal de mi vida allá en mi ya remota juventud, al que consagré mi fe, apliqué mi constancia y de donde saqué consuelos en mis persecuciones. Estos sentimientos no me impiden reconocer que Fourier, que tanto valía como crítico de la sociedad presente, fué un utopista más, aunque puede decirse en su honor que en sus utopías hay verdades intuitivas de aquellas que después confirman la ciencia y la experiencia.

Pero aunque no pensamos en retirarnos del mundo para fundar una especie de Ciudad del Sol, habitada únicamente por elegidos, no hay duda que durante el curso de nuestra lucha secular contra los opresores de toda categoría, tendremos repetidas ocasiones de agruparnos temporalmente practicando el nuevo modo de respeto mutuo y de completa igualdad. Las peripecias mismas de la lucha nos agruparán frecuentemente á la fuerza, y en estos casos es imposible que nuestras sociedades no se constituyan conforme á nuestro ideal común (1).

Puedo citar como ejemplo la «comuna de Montreuil» y otros varios ensayos que pueden animarnos poderosamente. Lo imprevisto no dejará de ayudarnos en nuevas y favorables ocasiones, y gracias á la creciente fuerza colectiva que nos dan el número, la iniciativa, la fortaleza moral, la clara comprensión de las cosas; gracias también á la penetración gradual de nuestras ideas lógicas en el mundo enemigo, veremos realizarse cada vez con más frecuencia obras de toda clase: escuelas, sociedades, trabajos en común que nos aproximarán al ideal soñado. Ciego es quien no vea el trabajo subterráneo que se efectúa y cristaliza, como hecho consumado, en sentido libertario, en cada familia y en cada grupo de individuos, legal ó espontáneo.

Por lo demás, nada nos cuesta reconocer que, hasta el presente, casi todas las tentativas formales de establecimiento de colonias anarquistas en Francia, Rusia, Estados Unidos, Méjico, Brasil, etc., han fracasado, como la *Clairière* de Descars y Donnay. ¿Podía ser de otro modo, cuando las instituciones del exterior: unión y fraternidad legales, subordinación de la mujer, propiedad individual, compras y ventas, empleo del dinero, habían penetrado en la colonia como malas semillas en un campo de trigo? Sostenidas por el entusiasmo de algunos, por la belleza misma de la idea dominante, pudieron durar algún tiempo esas empresas, á pesar del veneno que las consumía lentamente; pero á la larga hicieron su obra los elementos disgregantes, y todo se hundió por su propio peso, sin necesidad de violencia exterior.

Aun cuando los desorganizadores, introducidos por dos escritores en la *Clairière*: el borracho, el ladrón, el perezoso, el escéptico, el adúltero, el mercader y el denunciador, no hubiesen estado en el número de los socios, no por eso hubiera dejado de predecir la ruina de la colonia, después de un período más ó menos largo de decadencia y languidez; porque el aislamiento no queda impune: el árbol que se trasplanta y que se pone bajo cristal, corre peligro de perder su savia, y el ser humano es mucho más sensible aún que la planta. La cerca puesta alrededor de sí por los límites de la colonia, es letal; acostúmbrase á su estrecho medio, y de ciudadano del mundo que era, empequeñécese gradualmente á las mínimas dimensiones de un propietario; las preocu-

(1) ¡Ah sí! Esas hermosas palabras del autor me recuerdan las peripecias de la persecución pasada á la historia con el nombre de proceso de Montjuich. En la leva de más de cuatrocientos hombres cogidos al azar en Barcelona por la brutalidad policiaca, había hombres de ideal revolucionario y constante propaganda, y otros que jamás se habían preocupado de asuntos sociológicos, y nunca los buenos y poseídos del ideal faltaron á su deber. En el número 5 de la cárcel de Barcelona, en un espacio donde sólo se podían dar catorce ó quince pasos á lo largo, hallábanse 43 hombres; parte de ellos después de siete meses en aquel encierro fueron expatriados, el resto pasó allí un año, y todos habían pasado antes por Montjuich y las prisiones militares; entre ellos los había á quienes sus familias les llevaban la comida cotidiana y algún céntimo, y otros que carecían de todo, pues allí nadie se privó de lo necesario ni aun de lo que pudiera llamarse superfluo en aquella situación, y todavía sobraron recursos para dar ropa, alimento y tabaco á unos infelices filipinos que bajaban al patio en calzoncillos y camisa en el rigor del invierno. Claro es que no faltaban inconscientes que gruñan; pero había conscientes que se sacrificaban repartiendo su pan con todos y confortando los ánimos con la grandeza y elevación de las ideas. ¡Qué triste era aquello entonces; pero qué poético y grande se presenta ahora en el recuerdo!

paciones del negocio colectivo que lleva entre manos, estrechan su horizonte; á la larga se convierte en un despreciable gana-dinero (1).

En la época en que los mismos revolucionarios se cobijaban bajo el manto de la Iglesia católica, viéronse frecuentemente monjes rebelados contra el mundo de los opresores, salir de él ruidosamente para entregarse al trabajo y participar fraternalmente de la miseria del pueblo; pero es regla general y absoluta que los monasterios fundados por fanáticos de justicia y de verdad, no guardaron jamás su entusiasmo y su celo inicial, y acabaron siempre por convertirse en abrigo de parásitos, lo mismo que todos los conventos.

La consecuencia es que por ningún pretexto ni interés de ningún género debemos encerrarnos: es preciso permanecer en el amplio mundo para recibir de él todos los impulsos, para tomar parte en todas las vicisitudes y recibir todas las enseñanzas. Retirarse unos cuantos amigos al campo para pasearse y hablar de las cosas eternas á la manera de los discípulos de Aristóteles, es abandonar la lucha, y, como dice Lucrecio soltar la positividad de la vida para coger una ficción de ella. Nuestros amigos de la «Joven Icaria», en los Estados Unidos del Oeste, parecen haberlo comprendido perfectamente: herederos de las tradiciones comunistas de la antigua Icaria, comprendieron felizmente que las celosas reglamentaciones antiguas y toda la logomaquia de estatutos y leyes sólo sirven para crear enemistades y rebeldías, y, declarándose anarquistas, «hacen lo que quieren», es decir, trabajan fraternalmente para el bien común, que es al mismo tiempo para su provecho personal; pero su campaña, por dulce y buena que sea para los viejos cansados de las luchas y amantes del reposo, parece insípida para los jóvenes ardientes, que necesitan la práctica de las cosas, la ruda experiencia de la vida, los conflictos que forman el carácter y que permiten conocer los hombres. Vanse, pues, alegremente á engolfarse en el mundo, llevando siempre el consuelo de saber que si la adversidad los persigue y la miseria les aprieta, pueden volver cerca de sus viejos amigos, donde tendrán pan, aire puro y palabras amistosas para reconfortarse moral y materialmente.

En realidad, aquellos de nuestros compañeros á quienes seduce la idea de retirarse del mundo en algún paraíso cerrado, tienen la ilusión de que los anarquistas constituyen *un partido* fuera de la sociedad, lo cual es absolutamente erróneo. Gozamos y nos apasionamos en la práctica de lo que juzgamos igualador y justo, no solamente entre nuestros compañeros, sino entre todo el mundo. La humanidad es mucho más grande que la anarquía en su más elevado ideal. ¡Cuántas cosas ignoradas aún nos serán reveladas por el estudio profundo de la naturaleza, por la amorosa solidaridad hacia todos los hombres, con todos los desgraciados que han sufrido como nosotros la influencia del medio incoherente que queremos restaurar bajo su forma armónica! En nuestro plan de existencia y de lucha, no es la capillita de los compañeros lo que nos interesa, es el mundo entero. Nuestra ambición consiste en conquistar para la verdad todo el planeta, con amigos y enemigos, hasta aquellos á quienes una educación funesta, todo el atavismo de las castas y el virus de las iglesias han agrupado y armado para caer como fieras contra la verdad.

ELÍSEO RECLUS.

(Traducción de Anselmo Lorenzo.)

(1) Ni más ni menos que si fuera un mezquino cooperativo.
Las notas son del traductor.—(N. de la R.)





TRIBUNA DEL OBRERO





Causas de la frecuencia del suicidio en nuestros días.

El epígrafe que han leído es una pregunta de religión, contenida en el programa que estudian los maestros para verificar ejercicios de oposición á fin de alcanzar una escuela elemental.

La contestan los teólogos, entre ellos Horcajo, en estos términos: «El suicidio, que tanto se repite en nuestros días, no reconoce otra causa que la falta de educación é instrucción religiosas, que necesariamente deja sentir sus efectos en nuestra descreída sociedad.»

Esta contestación es falsa, como vamos á probar.

En las escuelas cuyo personal es subvencionado por el Estado, esto es, en las escuelas llamadas públicas, se enseña Doctrina cristiana á Historia sagrada, como todos sabemos, puesto que es obligatoria su enseñanza.

En las escuelas llamadas *privadas* ó particulares, si exceptuamos las laicas, en todas se enseña lo mismo que en las públicas.

No existe población algo grande en donde no haya una nube de frailes, jesuitas, monjas de mil colores, etc., etc., dedicándose todos al, para ellos, muy lucrativo arte de enseñar á la niñez, y no digo yo si lo harán *religiosamente*.

Ante estas pruebas, que nadie desmentirá, creo irrisorio el que se diga que en España las causas de la frecuencia del suicidio obedecen á la falta de educación é instrucción religiosas. Que esto se dijera en un país donde hubiese libertad en las escuelas públicas de excluir la religión del programa de conocimientos que enseñan á los niños; que se viese emigrar á los pobrecitos zánganos, que siempre van de Carnaval, porque nadie les encomendase la educación é instrucción de sus hijos, y que se respetase y protegiese al profesor libre de preocupaciones, podría creerse; ¿pero en España? En el país del clásico fraile rollizo, de las beatas; aquí en donde los arrastrables son religiosos, los catedráticos ídem; aquí, en donde en todo está barajada la religión, decir esto es confesar ingenuamente que maldito si ejerce la más mínima influencia, no sólo en el ánimo de los suicidas, sino en el ánimo de nadie.

Otras son las causas de la frecuencia del suicidio en nuestros días, causas que, aunque torpemente, voy á enunciar.

Los que se suicidan, por orden del mayor número, son:

- 1.º Los que carecen de medios para atender á su alimentación: los hambrientos.
- 2.º Los amantes que no pueden realizar sus deseos.
- 3.º Los hombres de negocios que pierden sus capitales en jugadas de Bolsa.

Y, por último, se suicidan algunos por sufrir enfermedades crónicas; otros pocos por creerse *deshonrados* por la pérdida de alguna batalla, etc., etc.

Como vemos, el mayor contingente de suicidas lo produce el hambre; él es, por lo

tanto, una de las principales causas de que se repita con tanta frecuencia. La causa de que haya quien no pueda satisfacer sus necesidades, reconoce por causa á su vez la desigualdad social, la mala organización de esta sociedad; ésta es, pues, en último término, la verdadera causa del suicidio de los hambrientos.

Por orden del mayor número siguen los de amores contrariados. Estas contrariedades tienen su origen generalmente en las diferentes posiciones que ocupan los amantes: en ser el uno rico y el otro pobre. El que haya ricos y pobres obedece también á la mala organización social; ésta es, pues, también, la verdadera causa de los suicidios por amor.

Siguen los hombres de negocios. Se suicidan por no poder pagar á los que les confiaron sus capitales. La causa que salta á la vista es el dinero; pero la verdadera causa está en el valor que la sociedad presente da al metal, valor que supera al del hombre, lo cual no sucedería en una sociedad justa.

Al fin vendríamos á parar en que la única causa de todos los suicidios es la mala organización social.

En una sociedad justa, donde la igualdad sea un hecho, el suicidio desaparecerá.

FRANCISCO NAVÉS.

EL ENEMIGO

Por parte de nuestros explotadores, que son todos los que forman las llamadas clases directoras, en una palabra, el capitalismo, llámense teocracia, aristocracia ó burguesía, ha existido siempre el afán interesado de inculcar á los trabajadores un odio hacia nuestros hermanos de otros países, tanto más criminal cuanto no tenía otro objeto que nuestra destrucción mutua en las guerras que ellos, por sus conveniencias particulares, provocaban, para luego seguir explotándonos y chuparnos la poca sangre que pudiera quedarnos.

Los sacerdotes de todas las religiones continúan hoy, como ayer, predicando el odio á los niños que concurren á los centros oficiales en busca de instrucción, en lugar de enseñarlos á amar á todos los hombres, sin distinguir nacionalidades; y ayudada esta obra por la estulta prensa burguesa al servicio de sus amos, han podido conseguir que los trabajadores que habían nacido en diferentes países, por este solo hecho se consideraran como enemigos.

Pero hoy ya los obreros, emancipados de tales preocupaciones, uniéndose como hermanos á través de las fronteras en un fraternal abrazo, exclaman aprestándose á la lucha: ¡El capitalismo!, ese es nuestro común enemigo. Ese es el enemigo que hay que destruir con todo su estúpido engranaje de defensores: ejército, religión, policías, curiales, etc. ¡Ay de él el día que, cansados de sufrir, nos unamos para pedir, para tomar, mejor dicho, nuestra parte en el banquete de la vida.

Ese será el día que, destruidas las cadenas que nos oprimen, alcanzaremos nuestra felicidad al dejar de ser esclavos.

PEDRO MARTÍ.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12